

dioses védicos personificados, reputado como un dios de la primitiva naturaleza, es la tierra. Se nos dice que la tierra tiene en los Vedas veinte y un nombres. También se nos enseña que estos nombres pueden aplicarse á otros diversos objetos, y que en consecuencia, las palabras «tierra, río, cielo, aurora, vaca, idioma, son homogéneos.» Diremos á nuestra vez, que desde el momento en que estas palabras homónimas por definición, son equívocas y ambiguas, la traducción que se da de ellas en ciertos casos particulares debe por lo tanto ser discutible. Indudablemente, raíces tan ricas se adaptan mucho á la imaginación y facilitan, en gran manera, la tarea de los que quieren llegar á los resultados que desean. Pero como con ellas todas las conclusiones se vuelven posibles, también con ellas no tienen todas estas conclusiones más que una débil probabilidad.

No es esto todo. La interpretación á que se llega manoseando arbitrariamente materiales mal comprendidos, es el resultado de la aplicación de una doctrina contradictoria. De una parte se dice que los antiguos Arios tienen un idioma formado de raíces tales, que la idea abstracta de *proteger* precede á la idea concreta de *padre*. Por otra parte, se dice que los antiguos Arios que sucedieron á los primitivos «no pueden hablar ni pensar» sino con figuras que representen personas; que necesariamente, dicen, «el sol se hace viejo,» en lugar de la puesta del sol; que «la noche ha dado á luz un hijo brillante,» en lugar de decir la salida del sol; que no dicen la primavera, sino «el sol ó el cielo abrazando á la tierra.» De suerte, que la raza que hizo estos concretos con abstractos, llega á estos mitos naturalistas por incapacidad de expresar las abstracciones de otra manera que en términos concretos.

¿No podemos decir que la doctrina de la personificación de las abstracciones sin apoyo en los hechos que nos ofrecen las razas actuales, no obtiene de las conclusiones autorizadas por los hechos ofrecidos por las razas antiguas, ninguna probabilidad?

14. Pero no estamos llamados á dejar la cuestión diciendo que la hipótesis de los mitólogos no se apoya en nada. Tenemos un criterio definido que, en mi opinión, la refuta completamente.

Como razón que explica en parte el por qué se llega á personificar los nombres abstractos y colectivos, el profesor Max Muller dice: «En los idiomas antiguos cada una de estas palabras tiene necesariamente una terminación que expresa un género, lo cual produce naturalmente en el espíritu la idea de un

sexo.» Esto supondría que el uso de una palabra, llevando la idea de sexo á la cosa que el nombre designa, debió por consiguiente contener la idea de un sér viviente, puesto que solo los seres vivientes poseen las diferencias que los géneros expresan. Ved ahora la recíproca. Se supone que en defecto de una terminación que indique una naturaleza masculina ó femenina en un nombre abstracto, es posible dar al sentido de esta palabra un carácter más concreto, sin que por ello sea posible asignarle un sexo. Habrá una tendencia á hacer de ella un nombre concreto, pero no á personificarla; se convertirá en un concreto neutro. Indudablemente, si una terminación implica un sexo, y por consiguiente la vida, y por lo tanto la personalidad, cuando no hay terminación que implique el sexo, nada habrá que suponga la vida ni la personalidad. De ahí se sigue que los pueblos cuyos nombres no tienen género, no personificarán las fuerzas de la naturaleza. Pero los hechos desmienten directamente esta conclusión. «No hay terminación que denote el género en quiché,» idioma de los antiguos Peruanos; y sin embargo, éstos habían personificado los objetos y las fuerzas de la naturaleza, las montañas, el sol, la luna, la tierra, el mar, etc.; tampoco existen géneros entre los Chibchas y naturales de la América Central; pero se halla en ellos, como en los Peruanos, el culto de la naturaleza. Tenemos, pues, una prueba incontestable de que la personificación de los grandes objetos y agentes inanimados, no tiene de mucho la causa lingüística que se pretende.

15. Podemos distribuir en varios grupos las interpretaciones que los mitólogos nos dan.

Hay interpretaciones *a priori*. El método de los mitólogos es malo bajo dos aspectos: malo porque quiere hallar en los caracteres de las palabras explicaciones que deberían buscarse en los hechos mentales que estas palabras simbolizan; malo también, porque busca en ideas y sentimientos desarrollados la clave de sentimientos no desarrollados, en lugar de hacer lo contrario. Este método emplea la hipótesis, según la cual el espíritu humano tuvo desde el principio la idea *pura* de una divinidad, hipótesis directamente destruida por los hechos que observamos en los pueblos no civilizados y que implica la suposición infundada de que había pensamientos abstractos antes que hubiese habido ni un bosquejo siquiera de palabras bastante extractas para poderlas expresar.

Hay un segundo grupo de razones *a priori*. La teoría de los mitólogos su-

pone tácitamente que puede establecerse una separación entre la leyenda y la historia, en lugar de reconocer que en los relatos de los acontecimientos, la relación entre la verdad y el error ha cambiado lentamente con ventaja de la primera. Los partidarios de esta teoría no quieren ver que antes del advenimiento de la historia exacta, numerosos relatos, en parte verdaderos, tenían circulación, y no admiten la existencia de numerosas tradiciones deformadas de sucesos actuales. Entonces, en lugar de ver en el carácter común de los pretendidos mitos, esto es, en los combates que en ellos libran entre sí seres con las armas en la mano, la prueba de que estos relatos ocurrieron de asuntos humanos, suponen que el orden de la naturaleza ofrece al espíritu primitivo el aspecto de victorias y derrotas.

Entre las razones *a posteriori* para desechar la teoría de los mitólogos, llamamos primeramente las consistentes en negar las premisas sobre las cuales descansa.

No es cierto, como se ha pretendido tácitamente, que el hombre primitivo considere las fuerzas de la naturaleza con temor.

No es cierto que especule é investigue sobre la naturaleza y la causa de estas fuerzas.

No es cierto que tienda á forjar ficciones.

Cada uno de los pretendidos factores del método mito-poético, existentes en el espíritu desarrollado, falta en el espíritu no desarrollado, y falta hasta allí mismo donde supone la teoría su existencia.

Hay además otras razones. Se parte de premisas que no tienen el apoyo de los hechos, y se llega á conclusiones empleando procedimientos ilícitos. Supónese que los hombres poseyeron primitivamente algunos signos que expresaban conceptos abstractos, y por consiguiente la facultad de formar tales conceptos, y que más tarde se vieron obligados á hablar y pensar en términos más concretos, cambiando así de procedimiento, lo que no puede admitirse sin eficaces pruebas. Debería demostrarse, según los idiomas de las razas inferiores en la actualidad existentes, que los nombres abstractos sirven para formar personas ideales; y esto no se hace. En lugar de ello se razona por deducción con arreglo á una antigua obra sanscrita, hasta tal punto ininteligible, que se la llama cerrada con siete sellos; sácanse de ella conclusiones que se declaran incontestables, y que únicamente se obtienen escogiendo ciertos pasajes y desechando otros; en fin, dando el sentido que mejor facilita la conclusión que se desea, á palabras que tienen muchos.

Finalmente, aun cuando los argumentos de los mitólogos fueron más igru-

rosos de lo que lo son, hay un hecho que los destruye. La personificación de las fuerzas naturales, se dice que está sugerida por las terminaciones verbales que expresan las ideas de sexo; pero se la halla también en los pueblos cuyos idiomas no ofrecen ninguna de estas terminaciones.

